

**DESPUÉS DE LAS**  
*mariposas*

**CLIDE GREMIGER**



**Ediciones del Puente**





En esta ocurrencia narrativa, los hechos y personajes son ficticios.  
Si usted encuentra alguna similitud con la realidad, es porque la  
realidad tiene la mala o buena costumbre de espiar la ficción.



"Halcón que se atreve con garza guerrera,  
peligros espera". Gabriel García Márquez  
*(Crónica de una muerte anunciada)*



Mi agradecimiento a Julieta, Damián,  
Cristina, Lara, Anabel y Mirko.  
Ellos saben por qué.





# 1

– ¡Ojo, no me ensucien la escena del crimen!, gritó el comisario a los dos policías que lo acompañaban.

En realidad, la escena ya se había contaminado desde el momento en que Antonio Correa vio humo, a la vera del camino de tierra que recorría todas las mañanas para ir o volver del dispensario donde trabajaba. Tuvo deseos de seguir: El cansancio de las horas de guardia pujaba en su interior. La culpa le ganó a la comodidad y se detuvo. Era enfermero y sabía que no se debe tocar nada en esos casos, pero se acercó a aquel montículo humeante entre los matorrales. Desde el camino no podía ver qué se estaba quemando, pero a su memoria llegó otra quemazón que lo hizo vomitar. Se bajó de la moto y caminó hasta unos cinco metros antes del pozo. Cuando reconoció el olor, deshizo el camino a los tropezones, metiendo los pies en todos los charcos que antes había evitado. Quiso hacer una llamada y recordó que allí no había señal para el celular. Puso en marcha la moto y salió a toda la velocidad que su Scooter le permitía. Subió a la autopista mientras repetía sin descanso: “¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!”.

– En el camino a Colonia Berniquera hay un cuerpo quemándose, fue lo que pudo pronunciar en la comisaría de Villa Fadet, luego del tercer intento por lograr una oración completa.

– ¿Un cuerpo humano me estás diciendo?, preguntó el comisario, aunque por la expresión de espanto del enfermero dedujo que de animal no era.

–¡Más vale!, ese olor lo recuerdo patente desde que aquel peón de los Carrizo se quemó en la casilla. Me quedó en la nariz para siempre.

Horacio Tolosa, el comisario, comprendió que debía ir al lugar de los hechos; se calzó la gorra al tiempo que le decía al sargento, quien estaba a punto de extenderle el primer mate de la mañana a su superior:

–Benítez, quédese con Marchessi de guardia y avísele al resto del cuerpo que se vaya en un móvil al camino a Berniquera. Ni una palabra a nadie y discreción. Nada de encender la sirena en el operativo.

El “cuerpo de policías” estaba compuesto por el comisario, un sargento y tres agentes, suficientes para una comisaría en la que se pasaba más tiempo tomando mates que haciendo operativos. Unos cuantos borrachos los fines de semana, alguna que otra rencilla familiar, un par de peleas de los chicos a la salida del boliche durante las vacaciones, una recorrida de la costanera para advertir a los turistas de la crecida del río o los accidentes campestres, hasta eran bienvenidos para no caer en el tedio de ese pueblo donde “no pasaba nada”. Al caso del peón de los Carrizo también el comisario lo tenía fijo en la memoria; fue la primera situación grave que le había tocado atender, hacía como cuatro años. Pero un incendio accidental es un “caso cerrado” casi apenas abierto. El peón era de los que se llaman golondrinas, de los que se contratan para la cosecha, o mejor dicho trabajan sin contrato, por el jornal de unos días y se van. “Al pobre le decían boliviano y resulta que era jujeño”, pensó el comisario, mientras repasaba el recuerdo. Esta vez intuyó que se dirigía hacia algo que los desbordaría, a él y a su reducido cuerpo de policía. Tal vez por eso cuando partió en su auto con el enfermero tampoco hizo sonar la sirena. Poco acostumbrado a escucharla, todo el pueblo hubiera salido a la puerta, y más a media mañana de un domingo. “Para qué alborotar al cuete”, se justificó.

Mientras miraba el cuerpo casi desmembrado y tizado en ese pozo cavado a los apurones, recordó las palabras de Liliana Weimann, el día anterior por la tarde: “Mi hijo se fue anoche a una cena en la Capital y no volvió a casa, ni llamó. Él nunca se queda en otro lado sin avisarme”. También rememoró su respuesta a la preocupación de esa mujer que en los tiempos de su adolescencia lo volvía loco con sus ojos azules y su pelo tan rubio: “No te preocupes, accidentes no se han reportado hoy. Tu hijo está grandecito para quedarse por ahí sin avisar, Liliana”. Esa ventaja de comisario que conoce a todo el pueblo, ahora se le volvía en contra. Cómo decirle que su hijo había aparecido, pero de la peor manera. Pensó en los ojos de Liliana y le corrió un fresquito por la columna vertebral, a pesar del calor húmedo que queda después de la lluvia en verano. “Es normal que llueva en esta época, ¿pero así?”, se quejó sin palabras, mientras se secaba el sudor de la cara con el dorso de la mano. Una sucesión de lluvias había dejado una humedad caliente y pegajosa, con nubes de mosquitos que danzaban de charco en charco, disputándose el espacio con las mariposas. “Esto se parece más al Caribe, que a un pueblo serrano”, pensó, aunque ese clima sólo lo conociera por la televisión y su obsesión por *Cien años de soledad*.

Daniel Cordero, el hijo de Liliana Weimann y único peluquero varón para damas del pueblo, había tirado su bata sobre una silla el viernes anterior, como a las nueve de la noche, luego de cortar, teñir o peinar, junto a sus tres ayudantes, a todas las clientas que querían lucir impecables para despedir el año. Igual de intensa había sido la tarea el mes anterior. Se había celebrado uno de los acontecimientos más importantes del pueblo: La fiesta de egresados de una nueva cohorte de alumnos del Instituto Superior del Profesorado, que el

intendente se vanagloriaba de haber conseguido durante su gestión y que servía para las bromas de la gente: “Más vale, si ya lleva como quince años en la Intendencia... ¡Hasta el puente debe ser obra suya!”. Esa noche, las egresadas e invitadas a la fiesta querían lucir el mejor peinado. El peluquero estaba muy orgulloso de ser el autor. Tenía veinticinco años recién cumplidos y ya gozaba de prestigio entre las damas más adineradas del pueblo y la región; conducía un auto de los más caros y veraneaba en playas caribeñas. En más de una ocasión, la mismísima esposa del gobernador lo había contratado en forma exclusiva para peinar a las invitadas a los eventos y cenas políticas que se realizaban en la capital provincial, a solo treinta kilómetros de Villa Fadet, el diminuto pueblo en el que se había criado y se negaba a abandonar. Él sabía que se podía dar ese lujo, a pesar de que no le había resultado fácil lograr ese reconocimiento: La peluquería, cerrada por largo tiempo, luego del suicidio de su padre, estaba en su mejor momento. Su clientela había reservado turno desde meses antes de la fiesta. Todos los detalles estaban controlados: tintes de la mejor marca, los más modernos líquidos para alisar, secadores y alisadores flamantes. El viernes de la fiesta de egresados, la peluquería había sido un revuelo desde las siete de la mañana: horario corrido hasta las nueve de la noche, justo una hora antes de que empezara el desfile de los recién recibidos. Él a la fiesta no había asistido, pero estuvo presente en todos esos cortes y peinados a la última moda. “¡Quiero fotos, quiero fotos!”, exclamaba con cada peinado finalizado.

En realidad, la dueña de la peluquería era Liliana Weimann de Cordero, la madre del peluquero, pero cuando enviudó había perdido el ánimo para seguir trabajando. Durante unos cuantos meses, se levantó todas las mañanas diciéndose que tenía dos bocas que alimen-

tar, pero entraba a la peluquería sólo a limpiar y ventilar. Daniel, su hijo menor, quien había tomado todas sus mamaderas y logrado sus primeros pasos entre los pelos que caían al piso, había aprendido de tintes y peinados desde muy temprana edad; a los doce años volvía corriendo de la escuela para ayudar a su madre. Tomar las riendas del negocio familiar no le resultó extraño. “De todos modos estudiar no me gusta”, dijo a los veinte años, al abandonar el Profesorado de Geografía del flamante Instituto del Profesorado.

Cuando Liliana recuperó las ganas de trabajar, el jovencito empezó a viajar a la Capital Federal para tomar clases de peinado, alisado y corte con los mejores estilistas. Ella volvió a ocuparse de la peluquería con ahínco, pero de Daniel con obsesión, mientras Gabriel, su hijo mayor, se recibía de médico veterinario y se iba a trabajar a una granja, en Canadá. Antes había hecho una pasantía, a solo diez kilómetros del lugar donde ahora el comisario Tolosa observaba el cadáver de Cordero, entre la ropa a medio quemar.

Al cabo de dos años de los viajes de perfeccionamiento, madre e hijo habían transformado la peluquería en un salón al estilo capitalino: sector de estar con mullidos sillones, paredes de colores, revistas de chismes apiladas sobre esquineros de aluminio y vidrio. Ella se dedicó a la contabilidad y la administración de turnos; él a los cortes, tintes y peinados, para lo que fue adiestrando e incorporando aprendices.

El madrinazgo tácito de la esposa del gobernador les brindó el empujón económico más importante para ampliar el local de la vieja peluquería. Para eso, sacrificaron sin culpas el comedor, cerraron la galería de la casa y cambiaron los viejos espejos por dos paneles que cubrían una pared de un extremo al otro. De la Capital llegaron sillones giratorios para el trabajo simultáneo de cuatro peluqueros. En

el extremo derecho colocaron modernos lavacabezas y percheros de metal. En el extremo izquierdo (parte del antiguo comedor) hicieron construir un baño de canillas grises, espejo de bordes biselados, sanitarios de diseño moderno, en combinación perfecta con los cerámicos en dos tonos de grises y guardas plateadas; en frente, la zona de preparación de tintes, con muebles grisáceos en el que se apilaban toallas blanquísimas con el logo de la peluquería en hilo de seda, junto a un perchero para las batas de color rosado; en un extremo, dos lavabos de metal. De allí se podía acceder a una kitchenette para preparar café o las infusiones naturales, que Daniel coleccionaba y ofrecía a sus clientas, en tacitas blancas con bordes rosados. “Tienen que probar este té verde. Es un antioxidante extraordinario”; “¡vamos mujeres, a quemar las grasas con el té rojo!”, exclamaba divertido, y las *habitués* de su salón probaban las infusiones y hasta las buscaban en los anaqueles de las herboristerías de la Capital. A modo de divisorio entre el sector de lavado y el sector de espera, colocaron un mueble multifuncional para exhibición de los productos para el cabello, las lacas para uñas y la caja registradora. Se eliminó el viejo carro de tres cajones de la madre, para distribuir otros de cinco cajones, equipados con todos los elementos necesarios para la atención completa de las clientas. Éstas llegaban desde distintas localidades de la provincia, sobre todo después de la aparición del estilista en la televisión capitalina, en un Congreso de la Mujer en el que, con su equipo, había trabajado sin descanso para peinar a las invitadas de la esposa del gobernador a la cena de cierre.

El estilista, además de las destrezas profesionales, en su salón, aseguraba un clima de cordialidad que le mereció el aprecio de clientas y empleados. Allí, los chismes pueblerinos siempre tenían una cuota de humor que no dañaba, que no fomentaba rencor. En la vida

se comportaba del mismo modo. “Quién te podría tener bronca a vos, pichón”, era la frase repetida de una de sus más antiguas clientas: Flora Martínez, la maestra jubilada que se había encargado de la educación del pueblo desde sus veintidós años, cuando llegó con su flamante título y más libros que ropa. Mientras las otras maestras partían cada tarde de regreso a la Capital, la Señorita Flora se fue quedando hasta convertirse en una pueblerina más. Ella ya vislumbraba el carisma de Daniel en cuarto grado, cuando ganó el premio al mejor compañero.

El comisario nada sabía del carisma de Daniel Cordero. El joven nunca pasó por la comisaría y Tolosa nunca entró a su peluquería. Él seguía haciéndose cortar el pelo en lo de su viejo barbero de la Capital: don Felipe, un gallego con olor a lavanda, que le dejaba la cabeza rasposa en menos de quince minutos, y por muy poco dinero. Sólo podía preguntarse “¿quién querría matarlo... y de ese modo?”.